

ew38

La espera (*)



Escribidora:
MARIA IRIS PANDO.
(Tarma)

Calles polvorientas azuzadas por el viento, se deshacían de la tierra que los cubría, mediante remolinos que se formaban, a los que se sumaban papeles en su afán de llamar la atención; atención que no era interrumpida en esos ojos de la mujer que impávida, tenía clavados en la llanura poco clara a esa hora de la tarde cuando el sol se va poniendo, cuando cierran las sombrillas los dependientes de los establecimientos para dar paso a la noche, que en algunas veces era clarificada por la luz de la luna.

Las nubes encapotadas escondían misteriosamente al sol; a lo lejos, un relámpago avisaba que se preparen todos pues se venía una tormenta. Ella, una mujer, parada en lo alto del establecimiento que estaba completamente vacío tenía las puertas cerradas, la principal pesada de madera tenía grandes goznes enmarcados por una cerradura grande aparentemente difícil de abrir por fuera y mucho menos de adentro para afuera... ¿Quién era ella? ¿Por qué estaba encerrada? ¿Secuestrada?

La única diferencia con los otros establecimientos debidamente identificados, era que su cartel no tenía nombre o denominación y la mujer lo sostenía con gran dificultad. ¿Cuánto tiempo había permanecido ahí?, ¿cuánto más tenía que hacerlo? Es que era la única señal para que sus captores que no los conocía, identificaran el lugar de intercambio...

Un trueno la distrajo una fracción de segundos. Su mente era un caos, como el enmarañado nido de cables que se había formado como una tela de araña sobre el predio, su mirada siguió prendada en el infinito de las calles hacia el desierto. Una víctima más, eso era ella; conocida por ser propietaria de inmuebles y tener una abultada cuenta bancaria, estaba chantajeada por narcotraficantes que secuestraron a su único hijo de doce años pidiéndole canjearlo por la propiedad ubicada estratégicamente cerca de la frontera, esta les serviría para sus planes macabros y comercio de trata de blancas. Amenazando con torturar a los que se negaran a colaborar; el desierto inhóspito, misterioso y plagado de criaturas mortíferas, sería su fin si alguien lograra escapar de sus dominios.



Los ojos ya no tenían lágrimas. Su rostro demacrado por el cansancio, la angustia, se hacía más grotesco. Sus labios estaban secos, cuarteados, sangrantes por la inclemencia del tiempo y por la ausencia de un ápice de sobrevivencia.

El cabalgar de jinetes la llenó de terror, casi no podía ver, ahora se definiría su futuro y el de su heredero, pues el esposo había sucumbido en las manos de estos maleantes y asesinos; se aproximaron, eran cinco hombres pero... ¡No estaba su hijo!

Ahogó un grito seco, su voz no logró salir, los ojos desorbitados vieron como desmontaban sin dejar de mirarla.

De un patadón volaron la cerradura:

—¡Señora! —gritó uno de ellos— ¡Baje!

¿Bajar? Hasta donde más lo haría, pensó la pobre mujer temblándole las piernas, descendió lentamente por los escalones de madera que crujían con lamentos anunciando el desenlace.

Frente a estos, se llenó de valor, como sólo las madres saben hacerlo cuando hay que defender al fruto de sus entrañas y con el último rezago de fuerza que le quedaba, casi gritando dijo:

—¿Dónde está mi hijo?

El que parecía tener mayor rango o autoridad se dirigió a ella:

—Señora —dijo agitado— todo acabó. ¡Atrapamos a los secuestradores!

(*) Publicada en su libro personal "vida poco común"